

Después de un intervalo necesario para dejar descansar el ánimo, y rever con seriedad este proyecto de ley enmendado así, se llega al tercer debate con un profundo conocimiento de la ley, y se renueva el exámen de ella con respecto á su general conveniencia, y clausulas particulares todas. Los que han propuesto enmiendas, las reproducen si han conseguido el consentimiento de la pluralidad, y casi nunca las reproducen en el contrario caso. Quanto mas versada sea una asamblea, tanto mas se aclarará la materia en los dos primeros debates; y el tercero será muy rápido en general. El primero que tiene por objeto la conveniencia ó desconveniencia de la ley, puede ser larguísimo; pero es casi nulo con la mayor frecuencia (1).

(1) En Francia, las leyes propuestas por el rey están sujetas á dos debates únicamente; el uno sobre la conveniencia ó desconveniencia; en el cual se suceden sin encontrarse los oradores de discursos escritos: y el otro que se hace artículo por artículo, y en el que da principio lo improviso. Es un debate único con respecto á todas las disposiciones particu-

CAPITULO XIX.

Exclusion de los discursos escritos.

LA regla de exclusion con respecto á los discursos escritos se observa estrictamente en

lares de la ley. ¿Puede uno asombrarse de la viveza, y violencia con que se trata de arrancar las decisiones? Una enmienda hecha de repente en la misma sesion, y que mudaba toda la economia de la ley, quedó adoptada de un golpe con frecuencia. La cámara de los pares no puede presentar remedio ninguno contra esta precipitacion en unas leyes tales como las de hacienda, en que no es posible la demora; se ha visto precisada á reconocerlo, señalando su imposibilidad sobre esta materia.

Sin embargo, habian conocido la conveniencia de un curso mas mesurado; y el reglamento ha impuesto los tres debates, pero en los casos que necesitaban ménos de ellos. Se han establecido las tres lecturas en las *proposiciones de ley hechas por un miembro* (art. 46); y se comienza la discusion después de cada una de ellas (art. 47). Pero ¿en qué se diferencia de una proposicion individual, la enmienda que va á mudar en un todo la *proposicion real*, y para la que se limitan á un debate? ¿Como

el parlamento británico; y lo mismo ha de practicarse en todas las asambleas deliberantes.

El principal inconveniente de estos discursos escritos estriba en no tener consecuencia, conexión, ni relación los unos con los otros.

Es cosa fácil de conocer que una asamblea política no es una reunión de académicos; y que el mayor beneficio de un senado nacional y discusión pública está precisamente en aquella actividad de los ánimos, vigor de ideas, y copiosidad de medios que resultan de una grande asamblea de hombres ilustrados que se animan, inspiran y refutan sin contemplarse, y que sintiéndose apurados por todas las fuerzas de un adversario, manifiestan por sí mismos en su defensa unas fuerzas que les eran desconocidas. La atención es como el vidrio, que reconcentrando los rayos en un solo foco, hace saltar el fuego y la luz de él. Pero no puede sostenerse la justificación la precipitación en el segundo caso, si la lentitud era necesaria en el primero?

atención mas que con el enlace de los discursos, y aquella especie de interés dramático que resulta de ello. No pasa entonces nada sin examen: toda verdad hace impresión, y todo error es un estímulo para su refutación: un acertado dicho ó una expresión adecuada, tienen el valor de un discurso; y no pudiéndose manejar las armas en estas contiendas mas que por hombres hábiles, aleja la asamblea de sí el fastidio, y gana tiempo. No hay utilidad ninguna en el método de las lecturas, fuera de la de proporcionar á la mediocridad algunos consuelos de amor propio á costa del interés público.

¿Dirán que los discursos preparados encierran mayor madurez y profundidad comunmente; y que por este medio se halla ménos espuesta la asamblea á oír opiniones religiosas ó inconsideradas? Es cabalmente todo lo contrario. Son necesarias mas largas preparaciones, y mas profundas meditaciones para hablar de memoria, que para escribir despacio. El señorear uno su materia, haberla examinado bajo todos los aspectos

y previsto las abjeciones, y estar habilitado para hacer cara á todo, son otras tantas condiciones necesarias al orador; pero ¿qué hombre mediocre no está en disposición de escribir algunas páginas superficiales sobre un asunto conocido? se escribe para facilitar la meditacion, aliviar la memoria, y ahorrarse la molestia de retener una serie de ideas. Tambien escribimos para confiar al papel lo que, en algun modo, queremos mudar de nuestro pensamiento; por lo mismo ignoramos lo que hemos *escrito*; pero lo que queremos *decir*, es preciso *saberlo*. Pregunten á cuantos han dado pruebas del talento de la palabra en la asamblea nacional, porque se han reducido á leer memorias sobre asuntos dificultosos y complicados; y todos ellos lo achacarán á la brevedad del tiempo, tempranas cuestiones, número y variedad de las materias; pero confirmarán así que el método de los discursos escritos es vicioso por esencia suya. No formará él nunca hombres de vehemencia en una asamblea politica; es favorable á la inaccion del pensamiento; y nos

sumerge en el embotamiento é indolencia, al modo de la costumbre de hacernos llevar por otros.

En Inglaterra, como en las demas partes, se reconcentra el distinguido talento de la palabra en un escaso número de individuos; pero sin tolerar el método de la lectura, que multiplica los discursos sin aumentar las ideas: y ¿vemos acaso que sean allí menos vehementes en sus discursos? ni que haya menos vigor en sus atletas políticos? Así que ha dejado de hablar el defensor de una mocion ¿no se presenta por el partido contrario un orador, que, con opuestos argumentos, trata de borrar la impresion que el primero ha hecho (1)?

Los que no poseen el don de la palabra, pueden comunicar hechos y suministrar argumentos á los habituales oradores. Es el mejor medio de utilizarse de ellos. Estas comunicaciones y contribuciones

(1) Este paságe esta tomado del *Correo de Provenza*, nº LXV.

de ideas ocurren á cada paso en el parlamento británico (1).

No puedo negarme al gusto de añadir á estas observaciones las de un publicista tan distinguido meditador como escritor.

Cuando los oradores, dice, se limitan á leer lo que han escrito en el silencio de sus gabinetes, no controvierten ya, sino que amplifican; no escuchan, á causa de que lo que ellos oirian no ha de mudar nada en lo que van á decir; y no esperan que haya acabado aquel á quien han de substituir. No examinan la opinion que él defiende, cuentan el tiempo que él emplea, y que le tienen por una tardanza. No hay entónces ya discusión; cada uno reproduce objeciones ya refu-

(1) Ocurrían igualmente en la asamblea nacional. He visto con frecuencia á M. Mirabeau, yendo á la tribuna, y en esta misma, recibir anotaciones, que él recorría con la vista sin interrumpirse, y encajaba á veces con el mayor arte en el sucesivo tejido de su discurso. Un sujeto de talento le comparaba con aquellos saltimbancos que cortan en varios pedazos una cinta, la mascan por un momento, y la hacen salir toda entera de su boca.

tadas, y echa á un lado cuanto él no ha previsto, y cuanto descompondria su defensa anticipadamente terminada. Los oradores se suceden sin encontrarse: si se refutan, es por casualidad; y se asemejan á dos ejércitos que desfilasen por opuestos lados, uno junto á otro, echándose de ver apenas, y aun evitando el mirarse, á fin de no salir del camino trazado irrevocablemente.

«¿Quiérese que nuestras asambleas representativas sean razonables? Impóngase á los sujetos que intentan sobresalir en ellas la necesidad de tener algun talento. El crecido número buscará un refugio en la razon, como su último recurso; pero si se abre á este crecido número una carrera en que cada uno pueda dar algunos pasos, nadie querrá privarse de este beneficio. Todos se proporcionarán á sí mismos un dia de elocuencia, y una hora de celebridad; pudiendo todos componer un discurso escrito, ó encargarle, aspirarán á hacer notable su existencia legislativa; y las asambleas se convertirán en academias, con la sola diferencia

de que los discursos académicos decidirán en ellas sobre la suerte, propiedades, y aun la vida de los ciudadanos.

Me niego á citar increíbles pruebas de este deseo de lucirlo en las mas deplorables épocas de nuestra revolucion. He visto á varios representantes buscar materias de discurso, para que no fuese desconocido su nombre en las grandes conmociones que acacian: hallada la materia, y compuesto ya el discurso; les era indiferente el resultado. Con desterrar los discursos escritos, formaremos en nuestras asambleas lo que les ha faltado siempre, aquella silenciosa pluralidad, que, como si dijéramos disciplinada por la superioridad de los hombres de talento, está reducida á oírlos, por no poder hablar en lugar de ellos, que se ilustra, porque está condeñada á ser modesta; y que se vuelve razonable callando. » (*Principios de política*, por Benjamin Constant, cap. 7, de la Discussion) (1).

(1) Hay algo mas fuerte todavia que todos estos

CAPITULO XX.

Otras reglas relativas al debate.

Las reglas que estamos para esponer, no son de igual importancia que las anteriores;

raciocinios; y es lo que pasa en Paris á la vista pública en la cámara de los diputados. Luego que un orador desenvuelve en la tribuna el tremendo rollo, ó aun cuando no muestra mas que un pliego de manuscrito para engañar á un auditorio al que ya no se engaña, es la señal del ruido y de la alarma; logran á veces imponerle silencio; pero manifiesta el orador con mayor frecuencia un heróico valor contra los murmullos: los unos dejan su asiento, leen otros, ninguno escucha, resuena un confuso ruido en la sala, para todos es perdido completamente el discurso, que únicamente en los diarios se halla. Si se suceden en la tribuna dos ó tres oradores lectores, nadie puede resistirlo ya, y por todas partes reclaman aquella *conclusion del debate*, conclusion tan contraria á la libertad y justicia que la asamblea debe á todos sus miembros. Pueden atribuirse pues en gran parte á los discursos escritos los incómodos hábitos de distraccion, alboroto, é impaciencia que con tanta frecuencia turban sus discusiones.